

El tráfico de esclavos y la esclavitud a la base del surgimiento y desarrollo del sistema capitalista

African Slave Trade and Slavery as the Foundation for the Emergence and Development of Capitalist Economy

Dolores GARCÍA CANTÚS

Departamento de Historia Contemporánea
Universidad de Valencia

dgcantus@uv.es

Recibido: febrero de 2008

Aceptado: marzo de 2008

RESUMEN

En este artículo se examinan las causas y consecuencias de la expansión colonial, iniciada en el continente africano mediante la captura y trata de esclavos. Las relaciones de este sistema con la esclavitud en el Mundo árabe y sus repercusiones en la economía europea y americana. Así mismo, se analizan las diferencias respecto a la esclavitud en el Mundo árabe, durante las últimas décadas del siglo XVIII y en los siglos XIX y XX.

PALABRAS CLAVE: Esclavitud. Economía. Colonialismo. África. Mundo árabe.

ABSTRACT

This paper examines the causes and consequences of colonial expansion launched in the African continent with the capture and trading of slaves. It also studies the relations of this system with slavery in the Arab world, and its repercussions in the European and American economies. Differences of the slave system within the Arabic World during the last decades of the 18th century and in the 19th and 20th centuries are also examined.

KEY WORDS: Slavery. Economy. Colonialism. Africa. Arab world.

«Es la esclavitud la que ha dado valor a las colonias [americanas],
son las colonias las que han creado el comercio mundial
y el comercio mundial es la condición necesaria
de la gran industria del Mundo moderno»
(MARX, K., Miseria de la Filosofía, II, 4)

Introducción

Esta aseveración de Karl Marx no se encuentra analizada en ninguna de sus obras y tampoco en la que, de forma obvia, tendría que estar: *El Capital*, donde encontramos, en cambio, bastantes dosis de optimismo en cuanto a las consecuencias modernizadoras que, para las colonias, podía tener el desarrollo mundial del capitalismo. Marx fue hijo de su tiempo, del optimismo por el desarrollo de la ciencia y de la técnica propio del siglo XIX, fue heredero y forjador del concepto de “progreso” –material- que, evidentemente solo atañó a una pequeñísima parte de la población mundial, también fue uno de los creadores de la vana e ilusoria esperanza de que todo ello desembocase en una sociedad más digna y justa. El protagonista de esa gran aventura debía ser, para Marx, el proletariado europeo, una minúscula parte de la fuerza de trabajo mundial. Sin duda, el velo del eurocentrismo le tapó el gran bosque de la esclavitud y del papel depredador que el colonialismo ejerció, de hecho, en el XIX y primera mitad del XX en las llamadas colonias, protectorados, mandatos, etc.

Las estructuras sociales, demográficas, políticas, culturales y económicas de los pueblos colonizados fueron violentamente debilitadas y masacradas a lo largo de los siglos XVIII y XIX, de manera que no pudieron hacer frente a fenómenos climatológicos adversos (para los que anteriormente tenían reservas. Por ejemplo: las grandes hambrunas brasileña, africanas y asiáticas de fines del XIX) o a cualquier otra situación de riesgo. Y esto fue debido a la inserción, en un plano de absoluta dependencia, de la población de tres continentes en el mercado mundial liderado y controlado primero por los países de Europa Occidental y, más tarde, por los EE.UU. Situación que, como es obvio, no solo llega a nuestros días (después del velo ilusorio de la “descolonización” de la segunda mitad del XX) sino que se ha agravado en lo que llevamos de siglo con un neocolonialismo salvaje, en busca de los últimos recursos del planeta.

La importancia de la esclavitud en el forjamiento del capitalismo mundializado. Desigualdades y Silencios

Marx se olvidó de los esclavos de la Periferia (después reconvertidos en trabajadores forzosos) cuyo transporte (la Trata) y trabajo en plantaciones, minas, etc. constituyeron los pilares fundamentales del Comercio Triangular y, desde luego, de los comienzos del capitalismo. Los máximos beneficios no se obtuvieron de la explotación del proletariado europeo -un número bastante reducido de la fuerza de trabajo global- sino del trabajo esclavo en el Periferia del sistema y en una parte del Centro¹ (los estados sureños de EE.UU.) en una reconversión gigantesca de la economía, realizada a escala mundial, en la que los diversos países colonialistas (Gran Bretaña, Francia, Holanda, etc.) arrebataron a los indígenas las mejores tierras para dedicarlas a los cultivos de exportación consumidos

¹ Hablo de un Centro de decisiones (económicas, políticas, sociales y culturales) y una Periferia dependiente.

por el Centro (azúcar, algodón, café, tabaco, cacao, índigo, arroz, etc.), trabajadas por mano de obra esclava o servil, dejando las menos productivas para cultivos de subsistencia. De esta manera, introdujeron de golpe a millones de campesinos, que tenían garantizada su supervivencia en la “economía moral”, en la economía “amoral” del libre comercio internacional y, con ello, forjaron el Tercer Mundo. A partir de ese momento más del 80% de la población mundial pasó a depender de las decisiones políticas y del ritmo de las bolsas de los países llamados “desarrollados”, es decir, los colonizadores.

En estos comienzos del siglo XXI, fuera eufemismos, sabemos que el capitalismo continúa sacando sus máximos beneficios de la misma fuente aunque de formas diversas, más engañosas, mejor disfrazadas, más invisibles o menos burdas, pero igualmente subdesarrolladoras e inhumanas. El siglo XXI ha devenido un periodo de neocolonización muy parecido al del XIX; sin embargo, si entonces las justificaciones ideológicas se basaban en las tesis de una antropología al servicio del poder, que sostenía la inferioridad de los pueblos colonizados y en la sacrosanta doctrina económica del libre comercio, de la deificación de las fuerzas del mercado y de la iniciativa privada –principios defendidos por Smith, Bentham, etc.–, hoy las grandes justificaciones son, junto al siempre omnipresente libre comercio, la democracia y los derechos humanos; de tal forma que parezca que la invasión militar y el expolio van de la mano de la implantación de la democracia indirecta y de los derechos humanos occidentales que, los mismos gobiernos occidentales incumplen sistemáticamente.

Si miramos hacia atrás, hacia el XIX, y analizamos el comportamiento, al respecto, de los *democráticos* países colonialistas hacia los colonizados, podemos comprobar hasta qué punto la memoria es enemiga de la prostitución de la Historia.

En los diversos procesos de formación de sus estados nacionales, de sus revoluciones burguesas, las metrópolis forjaron sistemas políticos basados, supuestamente, en la libertad y la igualdad de todos los ciudadanos. Sin embargo, no olvidemos que el artículo 17 de la *Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano*, rezaba: “Siendo la propiedad un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de ella, salvo cuando la necesidad pública, legalmente comprobada, lo exija de modo evidente, y a condición de una justa y previa indemnización”, y esta sagrada máxima entraba en violenta contradicción con la abolición y radicación de la esclavitud, puesto que los esclavos eran propiedad privada de sus amos de la que sacaban sustanciosos beneficios, en una producción y comercialización que extendía sus redes por los cinco continentes. Desarrollaron pues, sistemas políticos llamados democráticos basándose en el primer artículo de la citada Declaración, es decir, en la igualdad y la libertad (que regulaba el artículo 4º) bien entendido que el principio de la igualdad ante la ley, como todos los demás de sus constituciones, tan solo era aplicable en la metrópoli y legislaron la *intención* de unas posibles “Leyes Especiales” para sus colonias que, casi nunca llegaron a plasmarse en el papel².

² Véanse los magníficos trabajos al respecto de FRADERA, Josep María, “Raza y ciudadanía. El factor racial en la delimitación de los derechos de los americanos” y “¿Por qué no se promulgaron las ‘leyes especiales’ de Ultramar?” en *Gobernar Colonias*, Barcelona, Península, 1999, págs. 51-95; *Colonias para después de un Imperio*, Barcelona, Bellaterra, 2005 y el trabajo inédito “La esclavitud y la lógica constitucional de los Imperios”. También el rigurosísimo estudio de CLAVERO, Bartolomé, “Bioko, 1837-1876: constitucionalismo de Europa en África, derecho internacional consuetudinario del trabajo mediante”, en *Quaderni Fiorentini*, 35. Milano, Dott. A. Giuffrè editore, 2006.

Así pues, en los procesos y momentos de forjar un aparato del estado “democrático”, dejaron fuera de él a las poblaciones de los países dependientes. Tenemos uno de los ejemplos más claros en España cuando, en 1837, las Cortes expulsaron a los diputados portorriqueños, cubanos y filipinos con la promesa de elaborar en el futuro unas “Leyes Especiales” para las colonias. Creo oportuno citar las palabras muy clarificadoras del Dr. Fradera: “A pesar de que las posesiones insulares fueron siempre consideradas como provincias españolas (...) y, en consecuencia, sus representantes fueron llamados de nuevo a participar en Cortes, sus habitantes fueron excluidos de los derechos políticos (organización, reunión y prensa libre), de las garantías procesales y, finalmente, del derecho de representación durante las sesiones de las Cortes constituyentes de 1836-1837. El argumento esencial para aquella exclusión radical fue (...) el de la ‘heterogeneidad’ (racial, claro está). Como afirmó el gran escritor satírico español Mariano José de Larra Fíguro, *parece que la constitución no es un género ultramarino*”³.

Lo cierto es que, en ese momento, las atribuciones del capitán general de Cuba, máxima autoridad colonial en la isla, eran la de un verdadero Virrey, al igual que las de los Gobernadores generales de los territorios del Golfo de Guinea, etc. Y en un momento en que los tratados internacionales habían abolido el tráfico de esclavos –que no la esclavitud misma-, la trata no solo continuaba sino que lo hacía más virulentamente que nunca y con la aquiescencia y complicidad de los gobiernos metropolitanos y coloniales. Es decir que, no solo habían colonizados a los que se consideraba “castas pardas”, “ciudadanos pasivos” y demás eufemismos, sino que por debajo de ellos, las necesidades del capitalismo internacional habían desarrollado un perverso y viejo sistema de trabajo que convertía a las personas en mercancías y, por lo tanto, las mercancías no tienen derechos.

Existen dos situaciones históricas ejemplificadoras, aunque de diferente significado: una empezó con una revuelta de esclavos en 1839 en la goleta cubana “La Amistad”, hecho por el cual los esclavos amotinados fueron llevados a juicio en los Estados Unidos. En los tres juicios por los que tuvieron que pasar, las dos preguntas cruciales de cuyas respuestas dependía su liberación, fueron: “¿son personas o mercancías?” y ya que, después de los tratados bilaterales entre Inglaterra y España de 1817 y 1835, teóricamente el tráfico era ilegal, la otra pregunta, obviamente, era: “¿son de aquí o de allí (África)?”.

Sin embargo, la historia más clarificadora de hasta qué punto las metrópolis actuaron de forma cínicamente desigual con las colonias sucedió en la Saint-Domingue francesa (una de las mayores productoras de azúcar) que luego se conocería por Haití. La colonia de Saint-Domingue representaba las dos terceras partes del comercio de Francia con el exterior y toda su estructura se basaba en el trabajo de medio millón de esclavos sometidos a uno de los Códigos Negros más crueles: el Código Carolino de 1685. El comercio de esclavos y las colonias eran la base de la riqueza e influencia de la burguesía francesa, de tal manera que L.C.R. James toma una cita de Jaurés que reza así: “Triste ironía de la historia humana. Las fortunas creadas en Burdeos, en Nantes, por el comercio de esclavos, dieron a la burguesía ese orgullo que precisa de la libertad y que contribuyó a la emancipación humana”⁴. Sin embargo, los esclavos de la posesión antillana francesa se rebelaron en 1791, tan solo 2

³ FRADERA, Josep M^a, “La esclavitud y la lógica constitucional de los Imperios”, trabajo inédito (que formará parte de un estudio más amplio), p. 18.

⁴ C.L.R. JAMES, *Los jacobinos negros. Toussaint L’Ouverture y la Revolución de Haití*, Madrid, Ed. Turner, 2003, p. 59.

años después de la revolución en la metrópoli, en el convencimiento de que los principios de la “Declaración de Derechos del Hombre y el Ciudadano” también les atañían a ellos. Dirigidos por un liberto ilustrado que había estudiado en Francia, ávido lector del abate Reynal y de los clásicos grecorromanos, Toussaint L’Ouverture, combatieron durante doce años y, aunque la Convención francesa decretase la abolición de la esclavitud (4-2-1794), luego repuesta por Napoleón, el ejército de esclavos resistió a los blancos de la isla, a una invasión española, a un ejército británico de 60.000 hombres y a la expedición francesa de similar tamaño, dirigida por el cuñado de Napoleón. Aunque el ilustrado emperador asesinó al también ilustrado Toussaint en 1803, su sucesor, Dessalines, declaró la independencia de Haití el 1 de enero de 1804. No obstante, fue una victoria pírrica puesto que, desde ese momento, si bien pasó a ser la segunda nación independiente de América después de los Estados Unidos, el destino de Haití, intolerablemente gobernada por ex esclavos, distaría mucho de ser el de la primera potencia de este mundo globalizado. Por el contrario, se convertiría en el primer país del hoy llamado Tercer Mundo.

La justificación de esta “antidemocrática” política fue la denominada, muy eufemísticamente, “peculiar institución”: **la esclavitud** que, obviamente, tenía su base en el tráfico de negros africanos (La Trata) adquiridos por los europeos a lo largo de la costa occidental africana para venderlos en América, y por los árabes en la costa oriental y el interior de África para venderlos en el norte del continente y en el Índico, a cambio de abalorios, textiles (indianas al principio, telas británicas después) barras de hierro, armas y alcohol; productos, estos dos últimos, que les fueron muy útiles a los europeos en su “caza del negro”. Sin duda, los grandes beneficios los obtuvo la burguesía europea y estadounidense no tan solo de la mano de obra esclava -a partir de fines del XIX, “forzosa”- en plantaciones, minas y demás explotaciones que proporcionaba las necesarias materias primas baratas para el desarrollo de la Revolución Industrial (por ejemplo: el algodón), sino también del propio tráfico de esclavos que producía, pues no olvidemos que la beneficiaria de éste no fue solamente la burguesía industrial -textil, siderúrgica naval, monopolios de productos de abastecimiento, etc.- sino también la especulativa: principalmente los sectores aseguradores y prestamistas, léase grandes Agencias y Bancos (que ya en el XX eran mucho más fuertes que el capital productivo que tan solo representa, en la actualidad, el 3% del capital mundial circulante). Y, además, la burguesía -que había amasado su fortuna en las colonias a base de la propiedad y explotación de grandes latifundios de productos monoexportadores trabajados por esclavos- reinvertía el capital acumulado en la industria del textil, del tabaco, de las navieras (véase “La Trasatlántica” fundada por el catalán, Antonio López y López, ascendido a Marqués de Comillas) y en otros muchos sectores metropolitanos. De esta forma, “haciendo las Américas”, se amasaron, en lo que nos concierne, las grandes fortunas catalanas y vascas: Los Samá, Los Güell, Los López”, los Partagás, los Gumá, los Zulueta, etc.

Es, cuanto menos, sospechoso que haya sido silenciada sistemáticamente esta ignominiosa forma de obtener el máximo beneficio por parte del sistema capitalista que, además no tan solo duró 400 años como dicen los **pocos** libros de historia que mencionan tal holocausto, sino que el sistema continúa sacando sus máximos beneficios de las mismas fuentes. Si esta aseveración resulta correcta, las consecuencias de este silencio pueden devenir siniestras para nuestra especie y los occidentales tendremos que empezar por

preguntarnos el porqué no lo vemos, qué es y de qué está hecho ese velo eurocéntrico que nos cubre y que actúa como un burka, es decir, nos distorsiona la realidad.

Porque, efectivamente “Un Silencio recorre el mundo”, aunque no creo que sea el silencio de la vergüenza porque se puede sospechar, con una cierta base, que el poder carece de empatía y le mueven otros intereses que no son los humanitarios. Por ello, en mi opinión, el silencio es culpable y las consecuencias incalculables. Sencillamente, el 20% de la población rica -que en realidad, es menos porque el 0'5% constituye la gran élite que devora más y hay millones de homeless que no se llevan un hueso a la boca- no puede esperar ejercer el canibalismo económico con el 80% del resto del género humano y con la naturaleza y que no suceda nada.

La historia del tráfico de esclavos y a la esclavitud misma es casi inexistente en los libros de texto de Primaria o Secundaria y sucede prácticamente lo mismo, salvo por las clases de algunos historiadores, especialistas en colonialismo, cuyo número es escandalosamente bajo, en las Universidades de este mundo global. Por supuesto, en las sociedades terrícolas, en los pueblos de este mundo, bien se trate de Nigeria o de Gran Bretaña, reina la más profunda de las ignorancias. Evidentemente, planificada y difundida. Si los encargados de transmitir la Memoria no pueden hacerlo, si se utiliza la tecnología más avanzada para prostituir la Historia y si la especie humana en general -ya sea un individuo de la clase media neoyorquina o un habitante de las chabolas de Nairobi- se deja seducir por las Sirenas del consumismo capitalista, no es extraño el silencio. Pero ya sabemos lo que produce la amnesia.

En las décadas de los 50, 60 y primera mitad del 70 del pasado siglo XX, durante el período de la denominada descolonización, de la *liberación de los pueblos oprimidos* (por lo menos, en ello nos hicieron creer) y de la “Guerra Fría” hubo un renovado interés en el tema por parte de historiadores y economistas que produjo una bibliografía considerable cuyas tesis principales continúan hoy en vigencia. Autores como Dobb, Sweezy, I. Wallerstein, Eric Williams, Gunder Frank, Rodney Hilton, Walter Rodney, etc. debatían en sus libros cuestiones tales como si el comercio exterior (fundamentalmente atlántico) había sido pieza fundamental o no en la transición del feudalismo al capitalismo de la Europa “desarrollada”; sobre si la esclavitud era una parte inherente al sistema o, más bien, era un sub-modo de producción utilizado tan solo en la fase de *acumulación originaria* del capital; sobre el desarrollo de la acumulación mundial y cómo, arrojados violentamente a tal proceso los habitantes de tres continentes, se había subdesarrollado un Tercer Mundo que tenía el origen de este subdesarrollo en la sangría, pasada y presente, que ejercen sobre ellos los países “desarrollados y civilizados” del Primer Mundo, sus grupos de presión y sus multinacionales, muchas de ellas creadas a base del ignominioso comercio.

Toda esta corriente académica de pensamiento no eurocéntrico, que nunca estuvo apoyada por las capas académicas oficiales, se fue acabando por fallecimiento natural o asesinato de sus defensores, y por la sistemática ignorancia que se extendió sobre ella, coincidiendo aproximadamente con la mal llamada “crisis del petróleo” de 1973-74 y el advenimiento de el neoliberalismo en la década perdida de los ochenta; perdida para el Tercer Mundo y, sin embargo, una década crucial para la reconversión -a gran escala- del capital y el crecimiento exponencial de la globalización. Es decir, una gran década para el Capitalismo que concluiría en 1989 convirtiendo a este sistema en la única realidad existente. La alternativa sin alternativas. Y, a partir de entonces, se hizo el Silencio.

Pero si nos preguntamos el porqué de ese total silencio, también el de los africanos, no podemos descartar el papel que jugaron ciertos pueblos de África en la masacre y la exportación forzosa de 20, 30 ó 40 millones de sus hermanos de continente⁵. Efectivamente, sin la complicidad intermediaria de algunos pueblos africanos (la mayoría, costeros), tanto a los europeos como a los árabes les hubiese resultado mucho más difícil la obtención de esclavos africanos.

En una reflexión personal, estoy convencida de que Passolini volvió de su aventura *oriental*, después de rodar “Las Mil y una Noches”, absolutamente vencido por su recién descubierta certeza (derivada, probablemente, de decepcionantes experiencias sexuales) de que las víctimas aprenden a ser verdugos de sus verdugos y pronto también esas víctimas devienen en verdugos. La inocencia original que el gran director suponía en los orientales, en los árabes, en los indios, se había venido abajo estrepitosamente. Pier Paolo Passolini se creyó, coherente y lúcido como siempre, con el deber de contarlo y, después de escribir su “Abjuración de la Trilogía de la Vida”, rodó su último, más cruel y destructivo film contra el género humano que jamás se haya rodado: “Saló o los 120 días de Sodoma”. Passolini estaba equivocado, porque como no era racista, no suponía maldad ni salvajismo en los habitantes de África o Asia, sino una alegre, sincera y generosa inocencia.

Sin embargo, no es así hace ya mucho tiempo. Esquivando, porque no es funcional a los propósitos del discurso, el debate sobre si la depredación es algo genético o cultural en la especie humana y *por lo que sabe la Historia*, las sociedades indígenas de los países colonizados se prostituyeron, durante los siglos de colonización, a cambio de mercancías para su consumo que los tenían completamente contaminados. Por las armas, el ron, los textiles y abalorios occidentales, un Mongo como Cha-Cha⁶ que, hasta cierto punto, era un indígena, o cualquier jefe o simple individuo de cualquier pueblo playero africano, cazaba, mataba, incendiaba poblados enteros, fomentaba guerras y capturaba las mercancías humanas que servían para obtenerlas⁷. Y, en la actualidad, resulta preocupante confirmar el crecimiento exponencial de la dependencia de los pueblos del Tercer Mundo con respecto

⁵ Los historiadores no se ponen de acuerdo en la cifra total, pero va aumentando cuanto más se sabe de la trata. Encontrar una cifra que se aproxime a la realidad, es una labor casi imposible si tenemos en cuenta la falsificación de documentos, sobre todo en la era de la trata ilegal, los muchos esclavos que perecieron tanto en las caravanas que los llevaban desde el interior a la costa, como dentro de los barracones de esclavos de las factorías, los suicidios, la mortandad por las horribles condiciones higiénico-sanitarias de las bodegas de los barcos durante la travesía intermedia o el cuantioso número de mercancía humana arrojada al mar por motivos varios.

⁶ El denominado Cha Cha –De Souza– fue uno de los mayores suministradores de esclavos de Brasil, Cuba y los estados sureños de los EE.UU. durante el primer tercio del XIX. Era hijo de un negrero británico y una princesa indígena de un pueblo del norte del Golfo de Guinea. Eligió la misma profesión que su padre en tierras de su madre, aprovechándose de su ventajosa situación.

⁷ Es evidente que en la mayoría de las ocasiones estos actos estaban dirigidos y planificados por los negreros europeos. Un ejemplo de protagonismo es el del malagueño, Pedro Blanco Fernández de Trava, sin duda el mayor traficante de negros en los tiempos de la abolición porque recaló en el lugar apropiado donde conseguiría poder y fortuna: el estuario del río Gallina, entre Sierra Leona y Liberia, –el *corazón de las tinieblas*– después de 1820. En efecto, España y Gran Bretaña habían firmado un primer tratado bilateral abolicionista del tráfico en 1817, que entraba en vigor en 1820. Oficialmente se abolió pero no se erradicó sino que aumentó hasta cifras escandalosas hasta la década de los 80 del XIX. La razón de que la trata se aboliese al norte y no al sur del Ecuador, fue que Inglaterra le concedió un plazo más largo a Portugal, su aliada histórica, para que continuase sacando pingües beneficios de las necesidades laborales de su colonia brasileña.

de la tecnología occidental y, más en concreto, de las imágenes ilusorias con sus perversos contenidos que están manifestando, desde hace mucho tiempo y, ahora, aceleradamente, efectos asesinos para cualquier diversidad cultural.

Pero lo sospechoso, y lo realmente importante en estos momentos, es que los pueblos africanos ignoran por completo su historia. Después de dos siglos de inmersión coercitiva en las culturas occidentales, después de imposiciones lingüísticas, religiosas, de normas sociales, laborales, domésticas, cotidianas, etc.; es decir, después de esta brutal aculturalización, ignoran el porqué, el cómo y el para qué (aunque esto lo intuyen) fueron colonizados y los bárbaros hechos que jalonaron las colonizaciones del continente. Encontramos el mismo silencio de Occidente: el tema de la trata así como el de la esclavitud no están presentes en los libros de texto y no hay programas en las universidades que los contemplen. En cuanto al tema de la colonización, todo lo que se imparte oficialmente en África es, en general, puro adoctrinamiento en cuanto éste les es funcional a los corruptos y dictatoriales gobiernos impuestos por los occidentales después de la descolonización. Obviamente, el hecho de reducir la colonización a un asunto de administraciones blancas corruptas sirve para diluir la responsabilidad del enemigo porque no conviene demasiado *morder la mano que te da de comer*, lo que no quiere decir que, en situaciones límite, se agite el fantasma del colonialismo⁸. Esta perversa forma de utilizar la historia también es muy útil para reafirmar *los valores patrios* conseguidos, para desviar atenciones, etc. Es evidente que, en este contexto, a la mayoría de los gobiernos africanos tampoco les interesa que sus pueblos sepan de qué forma, durante cuánto tiempo y con qué fin sus antepasados fueron convertidos en mercancía.

Una breve síntesis histórica del tráfico de esclavos europeo y árabe. La abolición y la reconversión forzada

La esclavitud fue legal y regulada jurídicamente desde el principio del siglo XVI hasta prácticamente mediados del XIX por lo que a la trata atlántica se refiere. El país que más se había beneficiado de ella desde el Tratado de Utrech de 1713 en que pasó a tener el monopolio del asiento negrero, Inglaterra, abolió el tráfico en sus colonias –que no la esclavitud– con la *Abolition Act* de 1807 y, a partir de ese momento y por cuantiosos motivos económicos, sociales, políticos e ideológicos, intentó que los demás países europeos y los Estados Unidos que aún se beneficiaban con el tráfico y el trabajo esclavo,

⁸ El ejemplo del dictador de Guinea Ecuatorial, Teodoro Obiang, es clarificador: cuatro multinacionales petrolíferas yankees y una británica están extrayendo una gran cantidad de petróleo en este país de colonización española, con plena libertad (puesto que Obiang no ha tenido nunca la osadía de Sadam de nacionalizar el petróleo), con repatriación de beneficios, impuestos de risa, etc. Por la gran riqueza que se está extrayendo, el PIB del país (los habitantes sobrepasan en poco al medio millón) podría ser, en estos momentos, el más alto del mundo. Sin embargo, los diversos pueblos guineanos mueren de malaria, de fiebre amarilla, de tifus, de sida... Resultado: por un lado, las multinacionales operantes muy contentas con sus grandes beneficios que, además, obtienen sin ponerse la careta de mesiánicos demócratas para justificar una invasión que les costaría dinero. Los “costes colaterales” no son cuantificables ni traducibles al vil metal; por otro lado, el dictador, su extensa familia, su tribu y su corte, también muy contentos porque las corporaciones occidentales les pagan bien sus servicios. En medio de uno de los pueblos más pobres de África, Obiang es uno de los hombres más ricos del mundo.

Y, sin embargo, hay mucho en él de pose anti-colonialista apolillada. No tiene nada que ver con el neocolonialismo salvaje del XXI, sino que se refiere siempre al viejo colonialismo español en su aspecto administrativo más anodino.

hicieran lo mismo por medio de tratados internacionales-bilaterales y aumentó la presión sobre el cumplimiento de esos tratados a partir de las décadas 30 y 40 en que Gran Bretaña entró de lleno en la fase de libre mercado. En África, hicieron lo mismo pretendiendo que las tribus playeras dejaran el ilegítimo comercio por el *legítimo*, es decir, por los cultivos monoexportadores (algodón, cacao, caucho etc.) y la obtención de aceite de palma (tan necesario para el buen funcionamiento de su maquinaria industrial), marfil, maderas, añil, oro, etc. Sin embargo, Inglaterra encontró resistencia tanto de los países esclavistas que firmaron tratados incumplidos sistemáticamente con la anuencia y complicidad de sus gobiernos, como en los pueblos indígenas a quienes, fundamentalmente los británicos, habían enseñado a ejercer la trata como medio más rápido para la acumulación de mercaderías y tecnología occidentales. Las palabras del rey Holyday al capitán Crow cuando éste le comunicó la prohibición de la trata, resultan reveladoras: “¡Crow! ¡Usted y yo hemos sido amigos durante mucho tiempo y sé que usted habla de veras ¿Qué haremos nosotros si vuestro rey detiene el comercio? Usted sabe bien que tenemos demasiadas mujeres y niños (...) Si el comercio se para entonces tendremos que matar niños (...) Pero pensamos que no es posible que el comercio termine y todos los hechiceros nos dicen que vuestro país no es en absoluto más fuerte que el Dios todopoderoso”⁹. Con el recordatorio de que los ingleses no eran dioses, el rey indígena dejaba claro que ni tan siquiera ellos podían parar la maquinaria del comercio de esclavos que tanto habían contribuido a desarrollar. Durante bastantes años más, la mayoría de los pueblos costeros continuaron abasteciendo de esclavos a las factorías negreras ilegales de la costa occidental africana.

Uno de los efectos paradójicos de la Abolición fue que tan solo en el XIX se transportaron tantos africanos a Cuba como se había hecho en los tres siglos anteriores. La gran demanda por parte de tres países que, precisamente en el XIX, habían llegado al máximo apogeo de sus plantaciones de cultivos para la exportación: Cuba, Brasil y Sur de los EE.UU., junto al abaratamiento del esclavo en el lugar de extracción y su gran encarecimiento en los lugares de recepción, hicieron del tráfico de esclavos un gran negocio alimentado, como siempre, en la prohibición. Y fue entonces cuando se afianzaron y se labraron las grandes fortunas internacionales, embriones ya de las actuales multinacionales¹⁰.

Hacia fines de siglo, con el proceso de Abolición dado ya por concluido, entre otras cosas, por la percepción de su fracaso en cuanto a las expectativas de eficacia en el trabajo y productividad de los ex esclavos, las metrópolis, en una previsible regresión en cuanto a la etapa de total emancipación que podía haber seguido a la de la abolición, y con el reparto del “pastel africano” realizado a partir de 1885 (conclusión de la expoliadora Conferencia de Berlín), volvieron a la administración directa de sus colonias, es decir, a una

⁹ GARCÍA CANTÚS, Dolores, *Fernando Poo: una aventura colonial española*, I vol. Vic, Ed. Ceiba, 2006, pp. 130-131.

¹⁰ La Firestone hizo de Liberia su gran plantación de caucho, Unilever fue una de las grandes compañías subdesarrolladas y omnipresentes en el continente africano (donde su presencia continúa), La Holt fue fundada por el colono inglés John Holt, radicado en Fernando Poo (la actual Bioko) que comenzó a desarrollar en la isla y, después en el continente, el cultivo del cacao. Grandes compañías, como la alemana Woermann o la británica Hatton and Cookson operaban en toda la costa occidental africana. Por lo que respecta a España, La Trasatlántica, la naviera del muy encumbrado Marqués de Comillas, ampliamente favorecida por el estado con préstamos, rebaja de aranceles y donaciones de tierras en las colonias, se enriqueció con el comercio trasatlántico entre las colonias españolas de Cuba, Guinea Ecuatorial y Filipinas.

interpretación de las leyes basada en la inferioridad de sus súbditos de ultramar. Esta política de “legislación dual” (paralela a la implantación de la “economía dual”) y la rígida aplicación del principio de libre mercado a los países colonizados, determinaron la muerte de millones de seres de la Periferia de 1867 a 1902 (algunas estimaciones dan la cifra de 40 millones de muertos) porque esta introducción coercitiva y desestabilizadora de miles de pueblos en el comercio mundial, coincidió con periodos de grandes sequías y alternativas inundaciones, mientras el precio del grano subía a niveles inalcanzables. Pero a esto contribuyó decisivamente la introducción masiva de mano de obra “forzada” en el sistema mundial. En efecto, después del período abolicionista, el capital desarrolló una ingente operación de ingeniería laboral en la Periferia del sistema que convirtió, casi de golpe, a millones de personas en trabajadores-emigrantes, con un estatuto de asalariado absolutamente fraudulento, pero oficialmente, legal. Es muy evidente que el colee chino o indio que firmaba, con su huella digital, un contrato de trabajo con una gran compañía, no era conocedor de los términos draconianos del susodicho contrato. Con estos métodos, era indudable que el gran capital había salido ganando con la abolición de la esclavitud. Con un régimen real cuasi esclavo, el patrón no debía preocuparse por la amortización de los trabajadores porque, para que se ocupasen ellos mismos de sus propias necesidades, les pagaban un salario. Seguro que hicieron el cálculo del ahorro.

La trata árabe se diferencia de la europea en que su máximo desarrollo tuvo lugar en la segunda mitad del XIX, en sus diferentes rutas -algunas retroalimentadas- en su diferencial de crueldad y, por supuesto, en su enorme diferencial de ganancia que no fue invertida en la industria, más que en casos aislados, por la sencilla razón de que la burguesía europea industrial se les había adelantado en la carrera por el monopolio de la economía mundializada, la competencia era imposible y había convertido también a los traficantes y pueblos árabes que vivían de la trata, en pueblos dependientes.

En el siglo XIX la costa oriental de África fue conquistada por el sultán de Omán, quien fijó su residencial imperial en la isla de Zanzíbar, que se convirtió en su capital en 1840, cuando se habían alcanzado las mayores cotas de tráfico de esclavos. En efecto, la isla pasó de tener 12.000 esclavos en 1819 a más de 100.000 en la década de los 30 y a convertirse en el centro del comercio con la península arábiga y las islas de Índico. ¿Qué posición tenían los ingleses dado que habían ocupado ya la isla Mauricio y soñaban en unir, con sus posesiones, la ruta El Cabo-El Cairo, ocupando la parte oriental de África? y ¿Francia, que se había posesionado de la isla Reunión? La posición inglesa -que es la que nos interesa- con el sultán era ambigua. Simplemente se le dejaba hacer por el interés de proteger y fomentar su ruta con la India y, fieles a su principio de “gobierno indirecto”, a finales de siglo aún salían fiadores del colonialismo esclavista zanzibarita. Dice Coquery-Vidrovitch “En 1873 fue cerrado el mercado de esclavos de Zanzíbar, pero la exportación de esclavos de la costa de África se estimaba en esta época en 70.000 al año, y Londres se había convertido en la plaza mundial del mercado de marfil africano. En pleno *scramble for Africa*, en 1897, los británicos acabaron por decidirse a intervenir directamente: bombardearon el palacio real de Zanzíbar e instauraron un protectorado”¹¹.

¹¹ COQUERY-VIDROVITCH, Catherine, “La colonización árabe de Zanzíbar” en MARC FERRO (ed.), *El libro negro del colonialismo*, Madrid, La Esfera de los Libros, S.L., 2005, p. 535.

Sin embargo, los árabes monopolizaban desde muy atrás otra ruta: la que, cruzando el Sáhara, proveía de esclavos a los países musulmanes del norte de África: la ruta transahariana, que con destino norte o sur, era de una indudable importancia porque, partiendo de Aswán via El Cairo, Trípoli, Argelia, Marrakech enlazaba con Malí y de aquí con las rutas trasatlánticas europeas. Es evidente el papel de enlace transcontinental de las dos rutas más importantes: la occidental y la árabe que, en realidad, se retroalimentaban y que, cada una, a su vez, alimentaba las numerosas rutas en el interior del continente. De tal manera, que el continente africano devino a finales del siglo XIX y principios del XX en una inmensa tela de araña por donde circulaban en todas direcciones miles de esclavos, pueblos enteros de porteadores, mercancías occidentales de toda clase, siendo las más importantes las armas, marfil, oro, maderas, especias (el clavo tuvo una importancia fundamental en Zanzíbar), cacao, plumas de avestruz, resina de copal, aceite de palma, cañas de manglar, barras de hierro, etc., etc. No demasiado en la sombra, los británicos, entre los occidentales, monopolizaban la mayoría del comercio africano que, a la vez, unían al comercio con la India y, en general, con el sudeste asiático (aunque, en la tarea, también fueron complementados por traficantes franceses, portugueses, holandeses y alemanes). A ello contribuyó la apertura del Canal de Suez en 1869 y la instalación del telégrafo. Por el Canal pasaron las miles de toneladas de mercancías que aprovisionaron el comercio del océano Índico y, entre ellas, las armas ocupaban el primer lugar. Después de las guerras napoleónicas, la era de paz que iniciaron los británicos dio inusitado impulso a este comercio, y a la par que dejaba a centenares de miles de soldados sin empleo (muchos de ellos, marginados y sin sitio, después de los muchos años de guerra, se dedicarían al tráfico de esclavos), se abandonó una cantidad considerable de armas de desecho que, recicladas por los occidentales, se destinaron a la trata y, en general, al mercado africano. La ciudad de Lieja (Bélgica) se convirtió en uno de los centros internacionales de la industria siderúrgica de recuperación de donde se proveían tratantes tan importantes como Tippu Tip, árabe mestizado que traficaba con esclavos entre Zanzíbar y el Alto Congo que es donde le encontró Stanley, convenciéndole para que trabajase para Leopoldo II, propietario personal del paradójicamente llamado “Estado Libre del Congo”, y nombrándole gobernador de la provincia de Stanley Falls.

Las armas y su perfeccionamiento tecnológico (el rifle de repetición), el saqueo, la compra-venta de seres humanos, los intercambios por cauríes o mercancías, etc. produjeron, entre otras cosas, la desestabilización del continente. Cerca del siglo XX y, cuando las diversas potencias occidentales se preparaban para repartirse África, los británicos se dieron cuenta de que la posesión masiva de armas en manos de los africanos no era lo más conveniente a sus pretensiones territoriales, económicas y a sus proyectos laborales. Entre 1906 y 1911 se estableció la prohibición general de la venta de armas y, para esta fecha, se estimó en once millones el número de fusiles europeos que habían entrado en África desde 1860. Y si hablamos del verdadero motivo que tuvo Inglaterra para proceder a la abolición de la trata oriental en 1897, éste fue el de acabar con la Compañía Alemana del África Oriental de Kart Peters y, en suma, evitar que les tomaran la delantera en esa carrera hacia el nuevo reparto colonial de finales de siglo. Evidentemente, los motivos no fueron filantrópicos puesto que habían dejado hacer a los árabes con la excusa de que podía ser legal la trata interna, entre otras cosas, porque según la interpretación de los occidentales ésta era inherente al Islam. Sin embargo la operación laboral que ya estaba en marcha era

aprovechar en régimen de cuasi esclavitud a los pueblos africanos en la extracción, cultivo, etc. de sus propias materias primas en su propia tierra. Por ello, la era de la Abolición dejó pasó, a fines del XIX, a una reesclavización de los africanos sin tener que cargar con el gasto de su exportación.

Toda esa extensa actividad comercial que hemos mencionado más arriba no proporcionó ningún beneficio a los africanos sino, más bien, originó un drama a cuyas consecuencias estamos asistiendo en este comienzo del siglo XXI. No parece que haya muchas esperanzas para el Continente Madre de la humanidad porque, en palabras de Coquery-Vidrovitch: “La incursiones intensificadas convirtieron el interior del continente en un campo de bandidaje. La desorganización de las estructuras políticas anteriores se encontraba en su apogeo (...) Hombres y marfil se pagaban con bienes de consumo de lujo de segunda mano, pero a un precio exorbitante con respecto al mercado mundial de la época, o bien con medios de destrucción. Estas armas [provocaron] guerras y desequilibrios internos cada vez más graves. Tales destrucciones y matanzas pavimentaron en este fin de siglo la vía de la colonización europea, incluso más fácilmente desde el momento en que la economía occidental tenía un gran peso desde hacía por lo menos tres cuartos de siglo”¹².

Así pues, la tragedia de África ya difícilmente ocultable, tiene sus raíces en este expolio, saqueo, exterminio y, en suma, profunda desestabilización del continente.

En mi opinión, el secular silencio que ha envuelto a esta parte fundamental e inherente a la propia existencia del capital, debe ser roto. Entre otras cosas, porque si en los siglos XIX y XX que fueron épocas de “vacas gordas” para el capital, los que manejaban los hilos de la trama fueron capaces de los mayores crímenes contra la humanidad, ¿de qué no serán capaces si las condiciones económicas empeoran?

Enumeremos la barbarie del, como dice Hobsbawm, *más mortífero siglo de la historia*, el XX: el salvaje colonialismo con su previo y post esclavismo, las 2 guerras mundiales, el perverso Holocausto nazi, el que “los buenos” arrojase la primera bomba nuclear (el poder de Prometeo) en dos ciudades japonesas repletas de inocentes, el que sometiesen a todos los pueblos del planeta a la paranoia de “la destrucción mutua asegurada” (MAD) durante la llamada “Guerra Fría” y, después de desaparecido el gran enemigo del otro lado del “telón de acero”, que materializaba (de forma completamente distópica) la utopía secular y roussoniana de la humanidad de conocer una sociedad mejor, se han borrado las esperanzas de los seres humanos con la finalidad evidente de que su derrota favorezca su reesclavización psicológica y material. Y, en ese sentido, los poderosos han clasificado a los pueblos e individuos de este planeta como “usables” y “desechables”; consumidores a los que hay que lavar el cerebro y cambiar el calendario para que sacien su voraz apetito de cosas inútiles y desheredados, homeless, salvajes del Tercer Mundo, etnias de todos los continentes, pobres, míseros... a los que hay que hacer invisibles porque su sola imagen es como Medusa: si la miras y la ves, te convierte en piedra. Y también porque su sola presencia material, su solo estar en el mundo con algo más que con carne y con huesos, es decir, con inteligencia y necesidades vitales, tan solo puede traer consecuencias negativas para el capital.

Decía que si los capitalistas en siglos de “vacas gordas” fueron capaces, en aras de sus sagrados beneficios, de cometer estas horrendas locuras ¿De qué no serán capaces en los

¹² COQUERY-VIDROVITCH, Catherine, *op.cit.*, p. 549.

tiempos de “vacas esqueléticas” que parecen amenazar el futuro? Por todas estas razones, repito, hay que recordar, hay que levantar el Silencio.